

## Ciudad (La) y lo urbano

Jesús Leal Maldonado

*Universidad Complutense de Madrid*

Urbano: Dícese de la Sociología, la Economía, la Geografía... y hasta del rock y de los automóviles. Lo urbano es el lado prestigioso de la aglomeración de viviendas y actividades humanas en un espacio preciso. Es la ideología de la civilización industrial una y mil veces renovada, remodelada, rehabilitada y vuelta al centro de su esencia.

Urbanizar a alguien es adaptarle a las costumbres dominantes e imperantes propias de las convenciones burguesas en su aspecto más gratuito y convencional: besar la mano, ceder el paso, preguntar por la salud y comportarse en la mesa. La comida es un acto típicamente urbanizable «en la mesa y en el juego se conoce al caballero».

Lo urbano es lo contrapuesto a la ciudad, si lo urbano es lo positivo, la ciudad es lo negativo, la ciudad mata, destruye, arrasa, causa infartos, cáncer de pulmón, stress y otras maldades físicas y psíquicas. Es como un cáncer inevitable, subproducto de la civilización industrial que se convierte en la variable independiente, en la causa primera, en el origen y explicación de los males de nuestra sociedad, tanto físicos como psíquicos, sociales y económicos.

La ciudad es el lugar de la delincuencia, del gansterismo, de la drogadicción y de todo tipo de desviaciones; desde muy antiguo es la Babilonia que corrompe los espíritus ingenuos que buscan en ella sus ideales juveniles. Es: nido de los que viven al margen de las normas establecidas en la sociedad. Es en la esencia de la ciudad donde se dan las cotas mayores de marginación, en la ciudad, el centro es el margen. El producto de la sociedad en su última reducción, el resumen en piedra, ladrillo y asfalto de los más elevados valores, se convierte en un espacio adquirido, conquistado y depredado por la marginación social en todas sus formas. El centro de la ciudad es el espacio de la ancianidad, en nuestra sociedad el viejo en lugar de ser el portador de los consejos y de la sabiduría es el marginado que no se engrana en la máquina de producir que es la ciudad en la Sociedad del Capital. Por eso el centro antiguo es el espacio de la ancianidad, de la marginación, de la edad de la incapacidad para producir al ritmo que requiere la extracción de cuantiosos beneficios.

De vez en cuando estos espacios de la marginación de la edad son descubiertos, redescubiertos por el poder del dinero y los ocupantes arrojados a las tinieblas de la anticuidad; la periferia urbana. El espacio será renovado espacial y socialmente, el dinero volverá a fluir por esos cauces casi secos aun a coste de que la ciudad pierda su esencia.

Otras veces los espacios de marginación son descubiertos por los automarginados y a la marginación obligatoria le sucede la voluntaria, la segunda siempre vence a la primera ya que resulta fácilmente integrable en el mercado del Capital; el espacio de la bohemia y del inconformismo juvenil pasa a ser mercancía de los conformistas y los monótonos que buscan en él un signo de salvación a sus vidas, una mueca, un gesto, un vestido o un peinado que sea juguete y símbolo de un deseo frustrado.

Pero el centro de la ciudad también es el lugar funcional del acero y del vidrio, donde circulan los papeles y donde se decide; el lugar de mayor flujo de dinero, altos edificios de los que fluyen generosamente los dividendos, los márgenes, las ganancias, la rentabilidad. El lugar de las oficinas y del trabajo.

Pero en ese juego ambivalente de integración y desintegración, la ciudad es la ruina; la bancarrota, la crisis fiscal, el espacio del déficit, el coste añadido, el lugar del despilfarro. Se despilfarra tiempo, energía y movimiento; trasladarse para trabajar y para descansar, moverse para hablar, para comunicarse y para estar en soledad. La ciudad es la quintaesencia del despilfarro, del movimiento, ese espacio de años y de siglos, esas piedras milenarias de la ciudad, son la representación del movimiento en su más pura forma, todo fluye en ella, deprisa, deprisa, trabajar deprisa, descansar deprisa, gozar deprisa, morir deprisa.

La ciudad es la causante de nuestros males, es el chivo expiatorio sobre el que cargamos todas las culpas de los males que nos afligen, su carácter inevitable le concede una especial idoneidad para ello. Es la ideología en su más pura y genuina manifestación con una ingenuidad infantil, culpar a la ciudad es como culpar al suelo del golpe del niño, así se descarga la madre de cualquier sospecha que le atañe. La ciudad es causa de la miseria de la vida cotidiana de los ciudadanos, forma infantil de exculpar a la Sociedad del Capital y a nuestra propia inactividad para transformarla.

Pero, por el contrario, lo urbano es lo bueno, es la cultura, el teatro, el cine, las fiestas, los paseos, la animación, el ocio comunicativo, la innovación en las relaciones. Es el anonimato de los deseos inconfesables en su forma más placentera, el placer concentrado en sus formas más dispares desde la perversidad hasta lo sublime. Es el mejor concierto, la mejor comida, el arte más puro, más bello, el perfume más sutil, la calefacción y el aire acondicionado, el paraíso artificial de los sentidos.

Lo urbano es la ideología buena, la del placer y el consumo, la de la casa y la familia, la de la competencia del progreso. Toda la amplia tradición de la Sociología llamada Urbana, encuentra una renovada fuente de inspiración en los problemas espaciales de la sociedad, lo de urbano en este caso va por aquello del espacio; sería algo así como el espacio de prestigio frente al espacio rural o al regional. Porque lo urbano es progreso frente al atraso rural, es dinamismo frente al estancamiento del campo, el sociólogo que lo analiza se enfrenta a fenómenos nuevos e imprevistos, a augurios futuristas con vaticinios escalofriantes y sobrecogedores (si no, no serían vaticinios o simplemente no serían escuchados).

La Sociología Urbana ha sido la rama más poderosa de la Sociología del poder que busca en lo urbano la solución sintética a los problemas de la ciudad y con ello crea y recrea un espacio que se propone como solución a los problemas de la ciudad, todo un montaje de poder local y localizado para el que los problemas sociales tienen atributos espaciales concretos, la pobreza no es tal sino barrio de chabolas, la delincuencia tiene nombre de calles, y las contradicciones, las

infinitas contradicciones de la organización de esa vida colectiva se ve calificada por el nombre de lugares concretos, una plaza, una calle, una manzana, un barrio.

La ciudad y lo urbano son frutos antitéticos del ansia insaciable de justificación del poder, ya sea en su expresión misticadora de las verdaderas causas que producen las desigualdades sociales y las contradicciones a las que se ven sometidos los ciudadanos, o en la búsqueda imaginaria de soluciones que eleven su imagen y motiven hasta las intervenciones más contundentes y arbitrarias.

Al final, esta curiosa dialéctica sustituye a la vieja de lo urbano y lo rural, de la ciudad y el campo. El saldo se establece con la unificación de los comportamientos por los medios de comunicación social y física. Es el comienzo de una Revolución Urbana en el sentido positivo que le daba Henri Lefévre y de una Revolución de la Ciudad, en el sentido más negativo que puede haberla concebido cualquier visionario pesimista.